

## **Un encuentro simpático entre cuerpos: escribir-lo-común en *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* de Marosa di Giorgio**

Javier Martínez Ramacciotti

“(…)es el movimiento del mundo mismo: es el venir al mundo del mundo. Este *venir* no se puede hacer, ni *negociar*, causar mediante actos intencionales. La no negociabilidad de este venir (de este mundo) es la experiencia que tiene que aclarar otra filología”

**Werner Hamacher**

### **Miseria del presente**

“Hasta el capuchón en que habito, desde muy lejos, me llegan el latir del mundo, sus silbidos y alaridos, con los cuales me atreví a armar, soñando, estos gajos, estas misas con luz violeta”

**Marosa di Giorgio**

Escribir es un asunto del presente. Es decir, no sólo porque escribir se escribe siempre aquí y ahora sino porque escribir es transformar al presente en un asunto y, en ese mismo gesto, iniciar su descomposición. Escribir, entonces, es un asunto del presente pero vuelto sobre sí mismo en el momento de su evanescencia y, por ello, puesto como a desfase con la escritura. Si es verdad que la literatura no puede dejar de hacerle señas a su tiempo, no menos verdadero es que estas señales ya dan cuenta de una distancia que es necesario surcar o al menos exponer indicialmente. Por esa discronía, en esa relación de adhesión no coincidente y alejada de su tiempo, la escritura literaria es siempre contemporánea y “ser contemporáneo significa, en ese sentido, volver a un presente en el que nunca estuvimos” (Agamben, 2011:27) La pregunta será, entonces, ¿a qué presente vuelve *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* (di Giorgio, 2008)? O también: ¿qué presente re-vuelven los relatos eróticos de Marosa di Giorgio dejando constancia en esa revulsión de un tiempo al que algo le falta, tanto como le sobra? Siguiendo a Peter Pal Pelbart (cfr., 2009) podríamos

hablar de nuestro presente, de su miseria, como una articulación paradójica entre el socialitarismo despótico en formas de compromisos modulados y una agorafobia ontológica o terror patológico/patologizante del Afuera. El presente: encierro Egocéntrico o encierro en los rituales de lo social. Y ahí donde no hay afuera, ahí donde no hay salida de sí, no hay escritura. ¿Cómo dar comienzo a la aventura de la intemperie en los caminos con sus sorpresas e irrupciones imprevistas? ¿Cómo, en suma, escribir? “Hoy en día el arte se hace únicamente a partir de aquello que, para la Comunicación (el médium y el comercio), no existe, o casi” (Badiou, 2010:108). Es decir, se trata de fraguar una visibilidad- una escribibilidad- a una inexistencia, darle un trazo y unas palabras a eso que el presente obtura y, obturando, lo constituye. ¿Y qué es eso que en cada zona del presente aparece como lo retirado, y tras cuyas estelas se dirige la escritura en general, y la de Marosa di Giorgio en particular? Se trata de “lo común”, aquello que poniéndonos unos al lado de los otros, sin saber quién es uno y quién o qué lo otro, no es ni de uno ni de los otros, ni puede registrarse en una propiedad o perpetuarse en un nombre. Escribir para ser contemporáneos es afrontar la estrechez del presente en su punto de inexistencia y, de ese modo, interrumpirlo, salvando en esa suspensión un tiempo propio de la escritura en el que experimentar la inasignable voz de lo común “condenado (pero ésa es su gloria) a no poder encontrar nunca su propia voz” (Nancy, 2007:30). *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* se aventuran a esa condena y esa gloria que es escribir lo común- lo que falta- con lo más común, el lenguaje, que siempre es lo que está de más, lo que resta. Doble experiencia cuyo nudo es irreductible, ya que visibilizar lo inexistente conlleva la sustracción de los lenguajes dados y el trazo de otros, también inexistentes. Instaurar lo inexistente (lo común) con lo inexistente (escritura literaria), escribir lo común con lo común, escribir-lo-común, he ahí el gesto de Marosa di Giorgio, a la vez singular y plural. Escribir es un asunto del presente que siempre se intenta postergar. Miseria del presente: lo común siempre se deja para mañana<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> “¡Ah!, miseria de lo imaginario y de lo simbólico, lo real siempre se deja para mañana” (Deleuze, 1980:60)

## Abundancia del mañana

En medio de la miseria, la primera evidencia-irrecusablemente sensible, previa a toda intelección- es la abundancia en los escritos de Marosa di Giorgio, un lenguaje exuberante que crece y se ramifica, se multiplica y se potencia, y cuyo vector de incremento es el deseo, el erotismo emancipado de todas sus resonancias en una continua fuga hacia delante que lo conduce al punto en que un cuerpo es capaz de sorprenderse a sí mismo. Esta abundancia es posible porque los relatos acontecen al borde de La Ley; desbordan cualquier interdicto erótico sin necesidad de negarlo por vía de la trasgresión: simplemente preferirían no hacer...La ley; como si Marosa di Giorgio escribiera ante los muros de la ley pero de espaldas; o como si siempre llegara demasiado tarde o suficientemente temprano a una cita, que es también ser impuntual con la *Cita* (textual): los relatos marosianos se desentienden del Sentido y proliferan derramados felizmente a un margen del mismo: “Era Terrible. Pero, habíamos pasado a vivir en la Prehistoria (...) Nos había tocado a mi madre y a mi mudarnos a la Prehistoria” (di Giorgio 2008:277)

Ahora bien, ¿qué podemos entender por semejante recusación de la instancia intedicial de La Ley ajena a una dialéctica melancólica de la transgresión<sup>2</sup>? En principio podríamos afirmar que *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* comienza en el mismo instante en que La ley se encuentra confinada a una total suspensión o retraimiento inaugurando, de este modo, espacios anómicos y excepcionales que son el “entorno molecular” (Fisher y Lee 2009:15) propicio para la emergencia del acontecimiento erótico. Escribir el deseo y los cuerpos al borde de La Ley es hacerlo, entonces, en la inmanencia absoluta de una vida sin la cesura previa de la soberanía, la cual maquinalmente distingue entre Bios y Zoe, vida cualificada/legible socialmente y vida desnuda, entre vida que vale la pena ser vivida y vida precaria o vida-menos-que-vida: en resumen, distingue entre viviente humano y el resto. Ser Soberano es -siguiendo a Jacques Ranciere (cfr., 2007)- instaurar una topología social de los cuerpos: el trazo de una cuadrícula que articula las relaciones entre palabras y cuerpos, asignándoles a estos últimos su lugar, su posición y su nombre; por lo tanto, La Ley -en tanto soberanía- retiene en estado de clausura el horizonte de las

---

<sup>2</sup> “La transgresión es un buen concepto para los seminaristas que están bajo la ley de un papa o de un cura, para los tramposos. Georges Bataille es un autor muy francés: ha convertido el secretito en la esencia de la literatura, con una madre dentro, un cura debajo y un ojo encima” (Deleuze, 1980:56)

experiencias posibles de cada viviente y uno de sus artefactos más performativos ha sido Lo Humano: el humanismo es una pragmática cultural de territorialización de la corporalidad, el deseo y las experiencias de los vivientes singulares.

Nuestro mundo, la miseria del presente, es el de La ley y sus experiencias posibles; la abundancia des-apropiadora, intratable e inasignable de la escritura de Marosa di Giorgio reside en que nos conduce a otros mundos que son, más peculiar y originariamente, nuestro mundo: irrupción moderadamente violenta de ese “fondo del mundo” (Bataille 1975: 104) donde los cuerpos son aún una arquitectura de fuerzas abiertas a una espontaneidad espantosa de metamorfosis continuas que buscan más potencias, es decir, más cuerpos. Los relatos eróticos de Marosa di Giorgio, al dar un paso más allá/acá de la ley, alumbran el plano de superficie inmanente donde las singularidades corporales ensayan sin prueba ni error encuentros imprevisibles, arriesgados, totalmente alocados y monstruosos. En cada relato, de un modo repetitivo y diferencial, se pueden observar las invenciones de los modos en que las formas-de-vida expresan, sin reducirla, esa pura potencia de una vida en tanto singularidades que, más que cerrarse en una forma total, afirman su apertura al devenir; no una vida y un deseo de alguien, sino un flujo de pura vida despojada de su soporte humano que “a la manera de la última ola en los límites del mar, borra de la arena el rostro del hombre, llevándose, en su reflujo, percepciones y afectos flotantes impersonales que ya no pertenecen a nadie”(Giorgi y Rodriguez 2009: 16)

### **De encuentros**

“No busco nada. No me propongo nada. Encuentro”

**Marosa di Giorgio**

Hay una miseria de la escritura que consiste en no poder salir al encuentro sino de cosas, entes, identidades, presencias afirmadas en su verdad y en su sí mismo; una miseria que es no poder salir al encuentro del encuentro. Sin embargo, también a esa debilidad se enfrentan los relatos de di Giorgio, también en ese desierto levantan una población, *una comunidad*. Porque lo que una y otra vez se escenifica en primer lugar en los relatos

Marosianos no es una Subjetividad (La niña, El perro, El lobo, etc.) ni siquiera cuerpos sino encuentros<sup>3</sup>, alianzas, cruces: lo primario en los relatos es el vínculo entre heterogéneos, un dominio de la alianza y la simbiosis donde se ponen en juego seres de escalas y reinos completamente diferentes y cuya única propiedad en común es, simplemente, el encontrarse en un punto infinitesimal de sus trayectos y devenires. Lo primario son los encuentros profanos, las bodas contra-natura, las “Alianzas heterogéneas” (Deleuze y Guattari 2004: 245); o, dicho de otro modo, lo que privilegian los relatos eróticos no son los meros cuerpos discretos sino su *Guión de extimidad*:

El silencio de ese guión no pacifica ni apacigua nada, ningún tormento, ninguna tortura. Nunca hará callar su memoria. Un guión nunca basta para ahogar las protestas, los gritos de ira o sufrimiento. Es imposible no pensar ese guión, ese espacio común, el entre-lugar: el derrotero, un movimiento en dirección al movimiento pero también una secuencia de discontinuidades. (Antelo 2008:15)

La primera oración del primer relato del primer libro de *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas* condensa el privilegio de una comunidad como el espacio común del entre-lugar en la escritura de Marosa: “Salió un perro-zorro y vino al ruedo” (di Giorgio 2008: 11) ¿Qué puede querer significar “perro-zorro”? ¿Hay algo que tendría la cualidad de lo propio y entonces se podría enorgullecer y reivindicar para sí más perridad-zorridad que otro? En este encabalgamiento informe de corporalidades se esboza un ser-en-común donde los vivientes singulares comparten su ser ex-puesto uno al otro que no significa solamente ser-con-otros sino, sobre todo, ser-en-medio de otros. “Perro-lobo” indica una frágil comunidad en la que el guión no une ni dialectiza las diferencias en una instancia superior sino que es un movimiento en dirección al movimiento; es decir, un devenir: eso que pasa entre los cuerpos y los conduce a un umbral de indiscernibilidad donde sus formas y figuras ingresan en una línea de variación, mutación y mezcla, en un proceso que es siempre singular en tanto que produce una diferencia positiva. “Perro-lobo”, como comunidad, como cuerpos que tienen en común el encontrarse, indica un más allá del sujeto atomizado

---

<sup>3</sup> Más allá de las caracterizaciones que realizamos en este trabajo de la noción de “encuentro”, las cuales no agotan su potencia conceptual, remitimos a los aportes de un libro importantísimo al respecto, el cual tiene el valor- más allá de su propia propuesta- de realizar una genealogía de pensadores que conforman una tradición sobre “el encuentro” y sus abordajes, a saber, *Para un materialismo aleatorio* (2002) de Louis Althusser. Asimismo, *Relación y contingencia* (2010) de Vittorio Morfino emprende una lúcida lectura de la propuesta de Althusser y despliega importantes consecuencias al abordar la relación entre “el encuentro” y “la forma”, y la primacía de aquél sobre ésta.

pero también un más acá de la comunión plena. La secuencia de los relatos eróticos, a partir de modalidades variables de experiencias eróticas, van constituyendo una comunidad de los cuerpos- un encuentro entre cuerpos- cuyo factor común no es ni la comunión ni la atomización, sino compartir un lugar, a lo sumo un contacto: un estar-juntos sin ensamblajes: “si lo común es el ‘ con’, el ‘con’ designa el espacio sin omnipotencia y omnipresencia, sin soberanía ni intimidad . En el ‘con’ no puede haber sino fuerzas que se enfrentan en virtud de su juego mutuo y de presencias que se separan en virtud de que siempre han de volverse otra cosa que meras presencias” (Nancy 2007: 13). Los cuerpos, ex-puestos los unos a los otros, los unos en medio de los otros, no pueden pretender el resguardo de alguna imposible intimidad; su ser-en-común no es proyecto, no es una promesa sino una premisa: todas las casas marosianas trazan bordes vertiginosos donde se libran las batallas más intensas en las que se generan catálogos de contagios y traspasamientos que parecen no tener fin. No hay *Hospes* sin *Hostis* y la intrusión es una acción que se convierte en cualidad de todos los cuerpos:

Hay un vuelo y como si buscaran flores entran de golpe, insectos sexuales, gloriosos y temibles. Ansían oídos, ojos, nariz, toda clase de bocas. Las primas y amigas corren inútilmente a ocultarse bajo la cama (...) Y ya viene los grandes gritos de lujuria (...) Y en la casa ya ha pasado todo y nada (di Giorgio 2008: 55)

En consecuencia con lo anterior, el cuerpo, una vez devuelto a la línea de inmanencia de la vida, ya no puede ser determinado por los posesivos: Mi-Tu cuerpo; hay cuerpos neutros, impersonales, inapropiables bajo ningún régimen de la persona privada. Los cuerpos ex-puestos unos a otros pasan a ser un puro poder de afectar y ser afectados, de modo que sólo pueden ser definidos-si hiciera falta- por los afectos de los que son capaces. Sin embargo, nadie sabe de antemano de qué afectos es capaz un cuerpo y por ello sólo son una pura apertura a la experimentación de lo común por las conexiones, composiciones y recomposiciones que lo llevan a cabo:

-Llegan murciélagos

-Mi Dios

(...)Apareció uno pero se desdobló en varios. Ella se puso de costado como si fuera a amantar. Separó también un poco las piernas. Quitó la sabana. Uno se le acomodó en la ubre, otro en la otra ubre, otro se le posó en el sexo, otro en el ano, que era otro sexo. Y otro en la

nuca, pero éste no libaba, hacía un cos-quilleo. Vibró y se hamacó todo junto. El cuerpo y los hongos negros que acababan de juntársele (di Giorgio 2008: 70)

Esta experimentación de lo común -la piel, el cuerpo sin órganos, una materia en exilio de sí misma: términos que no terminan ni determinan nada- que es una comunidad ya no se desenvuelve como una relación de lo Mismo con lo Mismo (Humano-Humano/Murciélago-murciélago) sino -como dice Blanchot (cfr., 2002) - una relación en la que interviene El Otro, el cual introduce la asimetría devastando, de ese modo, la consistencia de cualquier identidad centrada y aislada, abriéndola a una exterioridad en un no-acabado constitutivo: “De golpe, se sentó. Los bichos ya se habían ido. Quedaba uno; el de la nuca. El que estaba roto y muerto” (di Giorgio 2008: 71)

Ahora bien, si en un primer momento definimos a la comunidad de amantes marosiana por su privilegio por el cruce, las alianzas y el encuentro, resaltando por ello el guión como símbolo de la misma, es necesario señalar otra dimensión correlativa e indisociable de la comunidad escrita por Marosa: es al mismo tiempo provisoria e inoperante. Todas las experimentaciones eróticas en los encuentros finalizan abruptamente sin atisbo de un ethos melancólico: los encuentros son perfectos (dan todo lo que pueden dar) y al mismo tiempo inoperantes: una asociación siempre lista para disociarse, un composición de cuerpos con la dispersión como horizonte inminente e inmanente.

Era una copulación profusa, infinita. Pasamos horas así y días. Yo daba a entender que seguiría toda la vida, así. Eso deseaba. Pero, una mañana, él se desprendió de a poco, descendió del árbol, y rápidamente, quedó pequeño, del tamaño de un dedal, y vi cómo se escondía adentro de la tierra. Sin salir jamás. (di Giorgio 2008: 278)

Al régimen del *Guión de la extimidad* habría que sumarle, entonces, la importancia en la escritura de Marosa di Giorgio de la conjunción “Y”. La lógica conjuntiva desbarata la preeminencia de la dinámica atributiva del “Es”, y por ello la “Y” puede ser pensada como la huella gráfica del cruce de caminos, de alianzas provisionarias entre distantes que no fundan ni estabilizan nada; cooperación de cuerpos afectándose mutuamente para incrementar su potencia; encuentros infinitesimales que fulguran en el preciso albor de una imagen y que luego siguen su errancia, su exilio, para formar nuevas comunidades de amantes provisionarias; o no. Quizá no hagan nada de eso. Al fin y al cabo, quién sabe lo que puede un cuerpo.

### Intermezzo lúdico: de conceptos

Escribir-lo-común, operación e imperativo formal de la escritura en su dimensión intempestiva, se efectúa siempre singularmente y su individuación culmina en la conquista de un sobre-nombre, en la apropiación de un seudónimo en el que habite su grado de intensidad y las huellas de su apertura. *La comunidad de los amantes monstruosos* es el seudónimo del singular gesto de escribir-lo-común en *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas*. Se trata, como todos los seudónimos del estilo, de un sintagma conceptual que no pretende representar ni reificar la potencia de la imaginación salvaje de Marosa di Giorgio; es, deleuzeanamente hablando, una creación del pensamiento para testimoniar y desplegar uno de los encuentros – el mío, por caso- con los relatos eróticos. Un ejercicio que cartografía las líneas de fugas y los umbrales de exterioridad de *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas*.

Podríamos definir -que es jugar con los conceptos, pero jugar con la seriedad de los niños- a *La comunidad de los amantes monstruosos* de la siguiente manera: encuentro singular entre dos singularidad en su propio entorno molecular y cuyo impulso es el deseo comprendido como fuerza impersonal productiva con una dinámica autotélica (fin inmanente y no transitivo) No obstante, la definición deja sin explicar- o al menos una explicación que vaya más allá de la arbitrariedad del vicio de la adjetivación- por qué escribir *comunidad de los amantes monstruosos* y no, antes bien, *comunidad de los amantes* a secas. Bien, lo monstruoso es la única cualidad de lo viviente una vez despojado de toda esencialización estabilizadora y abierto, por consiguiente, a la variación continua “La diferencia es el monstruo (...) el monstruo de todos los demonios” (Deleuze 2002:62) Los cuerpos marosianos son monstruosos no porque satisfagan ciertas condiciones (ser feo, hiperbólico, grotesco, Otro) sino justamente porque son lo sin-condición: cambian la lógica del presupuesto por una lógica de la preferencia. En este sentido, lo monstruoso no es una propiedad de alguna subjetividad definida negativamente desde la posición de una mismidad privilegiada. Parafraseando a Juan Salzano, los cuerpos en los escritos de Marosa di Giorgio son “Monstruos fuera del bestiario” (Fisher y Lee 2009: 16): este monstruo es menos un “anormal” (transgresión de una regla previa, y por eso categorizable



negativamente en relación a ella) que un “anomal”, positivo y primario: esto es, un devenir que no se explica por aquello (de lo) que (se) desvía. En este sentido, lo monstruoso-al ser lo común- no es propiedad de algunos cuerpos y/o subjetividades (Niña, animales, vegetales,) sino una dinámica: la afirmación erótica de las intensidades diferenciadoras, mutantes, metamorfósicas. “Es la persona viviente, no separada de la vida ni implantada en ella, sino coincidente con ella como sínolon inescindible de forma y fuerza, externo e interno, bios y zoe (...) la no-persona inscripta en la persona, la persona abierta a aquello que aún no ha sucedido” (Esposito 2009: 216) Lo viviente alude a los cuerpos co-expuestos cuando estos son conducidos por un proceso de heterogénesis indefinida al borde de lo (in)humano, ahí donde comienza una comunidad de amantes monstruosos.

### **De simpatías**

“La salud como literatura, como escritura, consiste en inventar un pueblo que falta”

**Gilles Deleuze**

Si, como afirma Raúl antelo, “lo propio de la literatura es desbordar la literatura” (Antelo 2008: 55), la escritura debe ser comprendida como un lenguaje impropio cuyo ejercicio implica expropiar a todo ordenamiento su pretendida identidad hipostasiada. En consonancia con ello, Ranciere (cfr., 2007) define los lenguajes impropios de la literatura como aquellos que efectúan un desarreglo del orden que articula la relación entre las palabras y los cuerpos: un desajuste o error de cálculo entre los mapas o diagramas de lo social y el excedente de cuerpos sin lugar, sin nombre, sin posición.

Como pudimos ver, la secuencia de los relatos eróticos de Marosa di Giorgio fueron configurando un particular ámbito de lo erótico en el cual se ejerce una esceno-grafía de corporalidades cuya nota común sería, en términos de Jean-luc Nancy, la “ex-posición” (2003a: 29-30): cuerpos puestos fuera de sí, abiertos a la inclemencia del afuera; son personajes cuya propiedad es su impropiedad, su carencia de soberanía e intimidad. Es en el acto erótico donde todos los cuerpos asumen relieve, materialidad y lo hacen en pleno ejercicio de metamorfosis: en el erotismo marosiano todas las identidades y diferencias

instituidas se aglutinan en un remolino del devenir, es decir, en un dominio de la alianza donde se ponen en juego seres de escalas y reinos completamente diferentes.

Por lo tanto, la secuencia de los relatos eróticos, a partir de la articulación de diversas y anómalas experiencias eróticas, fueron construyendo un tipo de *comunidad de los amantes monstruosos* caracterizada por un gesto que designaríamos -Derrida (cfr., 2006) mediante- como *Hospitalidad incondicional*: es decir, una excepcional apertura a lo éxtimo, a los otros y a lo otro absoluto. *La comunidad de los amantes monstruosos* que se figura como una invariable en todos los relatos sería la institución imaginaria (literaria) de un espacio excepcional en que toda ley se haya suspendida y por ello se inaugura un territorio donde se afirman todas las posibilidades eróticas/corporales/subjetivas sin excluir ninguna ni poder prever alguna. Una comunidad de cuerpos expuestos en permanente tráfico con su afuera, sin ningún presupuesto que los aúne salvo el impulso erótico. Marosa escribe, así, todos los pueblos que faltan en el presente, que hacen de su falta una afirmación: la comunidad de los amantes monstruosos es uno de los modos contemporáneos de imaginar una forma de ser-en-común sin ningún tipo de Ser Común. Una comunidad monstruosa ajena a toda economía del ser que ejerce la actitud ética del lenguaje impropio de la literatura: exponer en toda forma su propio ser amorfo y en toda decisión la propia inactualidad del acto. Una escritura que acoge y expone espacios de lo común en los que ningún viviente posee ni realiza esencia alguna, en los que lo común es la dimensión de la posibilidad y la potencia, y cuya voz propia no existe pero se articula incesantemente en el espacio abierto de su impropiedad. Así, el estatuto ético de una literatura como la de Marosa di Giorgio puede ser invocado por su creación infatigable de territorios habitables para novedosa formas-de-vida cualquiera, sin presupuestos ni lugar, amables. Una ética a la vez materialista y vitalista cuya propuesta es, en un tiempo de cuerpos impasibles, escribir nuevas simpatías. “Simpatía son los cuerpos que se aman o se odian, que al hacerlo ponen poblaciones en juego en esos cuerpos o sobre ellos”(Deleuze, 1980:62); escribir, así, novedosas atracciones y relaciones entre los cuerpos y los vivientes, como también los entornos o territorios en los que ese entrecruzamiento pueda concretarse en el más alto grado de intensidad, para de ese modo hacer proliferar la vida, multiplicarla en una topología inédita y una sintaxis- “el conjunto de los giros necesarios, creados cada vez, para liberar la vida de las cosas” (Deleuze, 2006:15) - imprevista. *El gran ratón dorado, el gran*

*ratón de lilas* nos permite, de este modo, exhibir el lugar y la lógica de una experiencia posible de lo común, y cómo la misma tiene como vector de posibilidad el trazado de relaciones inexistentes e imprevistas, relaciones que son exteriores a sus términos y los sobreviven. Escribir-lo-común –pareciera sugerir Marosa di Giorgio- tal vez no sea más que hilar filiaciones sin herencias ni procedencias con una consistencia tal que se sostengan sobrevolando las contingencias del tiempo, pero también con una elasticidad que les permita abrazar en la noche de la historia a los huérfanos de toda pertenencia que son cada vez más, que ocupan más espacio cada día. Escribir-lo-común, entonces, como una ética materialista de la escritura: esbozos de un lazo insubstancial (cfr., 2003b:157) en el que se anuda cualquiera, en tanto sea cualquiera, es decir, en tanto haya declinado de toda verdad y pertenencia y se vea sometido por los espasmos de la materia, de sus variaciones y entrecruzamientos, y habite en medio de ellos, vulnerable a la capacidad de afectar y ser afectado. Ofrendar simpatías a un mundo de cuerpos anestesiados, y disponer una reserva virtual de experiencias posibles donde sólo hay catálogos actualizados de interacción, ¿no hace del *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas*, en tanto escritura-de-lo-común, una máquina de guerra, un “arma cargada de futuro” (Celaya, 155) pero aquí y ahora, para su uso, apropiación y profanación común, cada quien según su singularidad, su punto de encuentro y simpatía?

Y así, de repente, lo común, como lo real, no se dejan ya para mañana: son el mañana, su misma posibilidad.

## **Excursus supranumerario: Nosotros, los brujos, los monstruos, los heréticos marosianos**

“Los brujos de los bosques no interpretan, sino que siguen el phylum de la materia-flujo, de la materia en exilio. Más que explicarla, conocen la Naturaleza, en el sentido de co-nacer con ella, junto a ella, en ella”

**Juan Salzano**

Existe una antiquísima tradición oculta y herética en el cristianismo gnóstico según la cual el Dios bíblico del génesis, el Creador, no sería sino un Demonio menor que se divierte embaucando y “actuando” el rol de un Dios, un diablo de categoría ínfima cuya peculiar inclinación lúdica lo lleva a crear mundos paradójicos, de leyes precarias y mutables. Encriptado en esta genealogía subterránea del pensamiento hermenéutico, Gilles Deleuze (cfr., 1998:144-145) define una peculiar modalidad existencial demoníaca como aquella asignada a realizar y conservar la *potencia de lo falso*, esa disponibilidad sin reservas de crear simulacros en los que se afirma la diferenciación continua y la todoposibilidad ilógica de imágenes que habilita en su espaciamiento todas las posibilidades simultáneamente. Cuando en una de sus últimas entrevistas, ante la pregunta “¿Cuál es su poeta preferido?”, Marosa di Giorgio responde “Dios”, el riesgo es no leer esa respuesta en la clave de la literalidad, en la exposición de su posicionamiento en una tradición. Ciertamente, este linaje no debe buscarse en los textos sagrados canónicos en los que “Dios” menta -al decir de Deleuze(cfr., 2004:47-48)- el juicio último que sentencia el sistema completo de la estratificación general de la naturaleza desterritorilizada; es sobre el trasfondo de este Dios Legislador en el que hay que leer esa frase de Montaigne que inaugura la época Moderna con su pretensión de certeza, verdad y equivalencia general (el poder de la verdad): “A los ojos de Dios no hay monstruos”. Cuando Marosa di Giorgio nombra a su poeta preferido como Dios, se la tiene que leer ubicada como un epílogo actual del linaje profano de la potencia demoníaca, y ver en ella misma ese pequeño diablo poeta y danzarín, el único que puede bautizar a su mundo “el Gran ratón Dorado, El gran ratón de lilas” y convencernos que un mismo ratón puede ser al mismo tiempo dorado y lila, o que puede ser un ratón y estar conformado de lilas, todo simultáneamente y sin fricciones. No, a los ojos de este Dios-poeta sí hay monstruos; aún más, a los ojos de este Dios Marosiano sólo hay

monstruos, empezando por él mismo. En las últimas líneas del último relato del libro, Dios es una muchachita entregada a la radicalidad de una experiencia erótica y de metamorfosis continua, Dios se religa con una naturaleza que no es solo creada sino creadora (Naturans Naturata), un *gesto creador que se hace y se deshace* y de este modo garantiza, al terminar, que todo recién empieza, que la potencia demoníaca de lo falso aún tiene todo para inaugurar en su infantil continuo ir hacia adelante “Y empezó a caminar con paso de Dios” (Marosa, 2008:349). El linaje herético, demoníaco, en el cual reconocemos a Marosa y su Dios-poeta, es el Linaje de los brujos, de los monstruos, un linaje sostenido en una genealogía indestructible del porvenir y con el cual ahora, nosotros, sus iniciados, identificamos nuestro destino, más acá y más allá de La Literatura:

“He visto la conjunción de una abeja y un azahar y era hermoso, una cosa de ángeles. No está destinado a funcionar en la literatura. Es” (Marosa, 2008:7)

## **Bibliografía**

- Agamben, Giorgio. *Idea de la prosa*. Barcelona: Península, 1989.  
—*La comunidad que viene*. Valencia: Pre-Textos, 1996.  
—*Infancia e historia*. 3ª edición aumentada. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.  
—*Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2007  
—*Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011  
Althusser, Louis. *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros, 2002  
Antelo, Raúl. *Crítica Acéfala*. Buenos Aires: Grumo, 2008  
Badiou, Alain. *Filosofía del presente*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010  
Bataille, Georges. *Teoría de la religión*. Madrid: Taurus, 1975  
Blanchot, Maurice. *La comunidad inconfesable*. Madrid: Arena Libros, 2002.  
Canseco, Adriana. “La delicia del nombrar. Lenguaje y erotismo: entre exceso y transgresión en *Reina Amelia* de Marosa di Giorgio” en *Exceso y Prudencia*. Córdoba: Brujas, 2009  
Deleuze, Gilles. *Diálogos*. Valencia: Pre-Textos, 1980  
—*Diferencia y repetición*. Buenos Aires: Amorrortu, 2002  
—*La literatura y la vida*. Córdoba: Alción Editora, 2006  
—*Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama, 1998  
Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1985  
—*Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 2004  
Derrida, Jacques. *La Hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2006  
Di Giorgio, Marosa. *El gran ratón dorado, el gran ratón de lilas*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2006

Esposito, Roberto. *Tercera persona. Filosofía de la vida y política de lo impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009

Fisher, Mark y Lee, Mart. *Deleuze y la brujería*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009

Giorgi, Gabriel y Rodríguez, Fermín. “Prólogo”, en *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2009

Hamacher, Werner. *95 tesis sobre la Filología*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editoriales, 2011

Morfino, Vittorio. *Relación y contingencia*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor, 2010

Nancy, Jean-Luc. *Corpus*. Madrid: Arena Libros, 2003a

—*El sentido del mundo*. Buenos Aires: La Marca Editora, 2003b

—*La comunidad enfrentada*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra, 2007

Rancière, Jacques. 2006. *Politique de la littérature*. París, Galilée.